

EL SEÑOR DE LOS MILAGROS CORAZÓN DE LA IGLESIA

LA IGLESIA, CORAZÓN DEL PERÚ.

Estimados hermanos y hermanas:

1. Los invito a poner su mirada en la sagrada imagen que tenemos al frente: la imagen de nuestro amado Cristo Moreno, el Señor de los Milagros, a quien rendimos homenaje porque él con su muerte y resurrección se ha convertido para nosotros en el *faro que nos guía*, como dice la letra de ese bello himno dedicado a él, y es como el signo de identidad de millones de peruanos, incluso de aquellos que radican en otros países, y orgullosos difunden, desde donde se encuentran, su fe en el Cristo de Pachacamilla, organizando su fiesta, saliendo con la imagen en procesiones por las calles de pequeñas y grandes ciudades, cantando a todo pulmón este himno e implorando la misericordia y bendición del Señor.

2. Gracias a esta gran devoción, el Perú es conocido en muchas partes del mundo. Desde aquí saludamos, unidos en una misma fe, a estos hermanos y hermanas que dejaron el país en busca de un futuro mejor para sus familias, pero se han llevado en su corazón, en su alma y en su existencia, su inquebrantable devoción al Señor de los Milagros, a Jesús de Nazaret, al que es Principio y Fin, Alfa y Omega, y ante quien, como dice

San Pablo, toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los abismos, al nombre del Señor Jesús, a quien le ofrecemos, como signo de gran devoción, nuestros fuertes aplausos.

3. Por ello, me atrevo a afirmar que **el Señor de los Milagros está en el corazón de la Iglesia Peruana, y por eso la Iglesia es el corazón del Perú**; pues la gran mayoría de peruanos profesamos nuestra fe en Cristo, representado en esta sagrada imagen.

4. Ahora, les pido que centremos nuestra mirada, nuestro corazón y nuestra alma en esta sagrada imagen del Crucificado. En este contexto traigo una frase del escritor, aviador francés, autor del **“Principito”** que dice así: “Señor, entrelázame al árbol a quien pertenezco, porque no tiene sentido si permanezco solo”.

5. El ser humano tiene raíces antropológicas, culturales, sociales y familiares; y ay del hombre que vive en soledad, en el vacío y silencio de la existencia humana. Y el ser humano también tiene raíces divinas y en el Génesis, el autor bíblico nos dice que, cuando Dios creó al hombre le insufló en sus narices aliento de vida y allí está el ser viviente, la persona humana y su dignidad, y ay de nosotros si vivimos sin Dios, sin la conexión que nos ha dado y nos da el aliento vital.

6. Esta invocación: “entrelázame, Señor, al árbol a quien pertenezco, porque no tiene sentido si permanezco solo”, puede ser **“transcrita”** para el **“árbol de la Cruz”**. Porque, la historia de la humanidad, según la Biblia, resulta casi suspendida entre dos árboles: **de un lado**, está el árbol del conocimiento del bien y del mal en el jardín del Edén, bajo el cual se desarrolló el drama del pecado, del querer suplantar a Dios, de alejarse de Él, de romper con la comunión con Dios; y **de otro lado**, está el árbol del Calvario, la Cruz de Jesús, bajo el cual se abre la historia de la salvación, de la gracia y de la amistad con Dios.

7. Y esto es lo que viene sintetizado en el prefacio de hoy: “En el árbol de la Cruz, tú has establecido la salvación del hombre, por que donde surgía la muerte, de allí **resurgiría** la vida.

8. Busquemos, pues de separarnos de aquel primer trágico árbol, del árbol del Edén, del orgullo, de la soberbia y del mal, para **entrelazarnos** al árbol de la salvación porque **“no tiene sentido permanecer solo”**, sin Dios, en el vacío y en la nada de la existencia. Sin esta raíz divina no se tiene alimento para vivir.

9. Los invito a fijar nuestra atención sobre la reflexión que hace San Juan, en el evangelio de hoy y que la liturgia ha anudado al árbol de la cruz, donde exactamente ha estado elevado el Hijo del hombre.

10. Para entender el significado de la cruz, de por sí suplicio atroz y signo de derrota, es necesaria la fe que la revela como trono del triunfo sobre el mal, pues a través de la fe descubrimos que la cruz es un signo del amor divino: sobre la cruz se manifiesta la voluntad divina de no abandonar al hombre a sí mismo, abandonado a su miseria y a su locura pecadora. El amor del Padre se manifiesta con un don, **el del Hijo Jesucristo. “Dará a su Hijo Unigénito”**.

11. **“Dios ha enviado el Hijo al mundo”**. La encarnación es un don divino y una **misión salvífica**. Cristo viene en medio de nosotros con una responsabilidad bien precisa:

a) “no ha venido para juzgar el mundo” Dios no desea hacer estallar el juicio sobre el mal de la humanidad; no es un emperador inexorable que quiere aplicar con rigor la justicia. De hecho, **¿cuál es el verdadero deseo de Dios?**

Salvar, “para que el mundo se salve por medio de él”. Luminosa expresión del inclinarse de Dios sobre la criatura frágil y pecadora para levantarla hacia Él, hacia la luz y a la amistad con El. Así se abre un nuevo horizonte para la creatura.

b) Para que “Quien crea en Él no muera”, expresión de nuestro destino. No estaremos más obligados a participar en los infiernos, en la ausencia de la luz, en

la soledad absoluta. Tendremos la cercanía de Dios y la esperanza de estar con Él. **“el tener la vida eterna”**, repetidos 02 veces en el texto evangélico.

12. En el lenguaje de San Juan la “vida eterna” no es una pálida inmortalidad de vago sabor platónico, sino es la participación en la misma vida de Dios. No es una sobrevivencia más allá de la muerte sino es la **comunión plena y eterna** con el Señor.

13. Así, la cruz de Cristo describe la eterna enseñanza de la salvación. La cruz de Cristo encarna el ingreso de Dios en la historia hasta aquella terrible frontera que es la muerte y el pecado, pero para despedazar el encanto perverso del mal y levantarnos hacia lo infinito, hacia la vida, en comunión con El, hacia la luz.

14. La cruz levantada, esto es plantada en el centro de la historia y **dirigida** hacia el cielo, es el gran signo levantado entre los pueblos, para que todos crean, esperen y sean salvados. “Cuando seré elevado de la tierra, dirá **Jesús**, atraeré a todos hacia mi” Jn 12, 32.

15. La Cruz de Cristo es pues un estandarte de muerte y de vida, de humildad y de gloria, de sufrimiento y de alegría, de humanidad y de divinidad. Nuestro estatus de creaturas mortales y pecadoras desde cuando ha estado asumido por Cristo, ha sufrido una metamorfosis radical.

16. En **la Cruz de Cristo**: nuestra pobreza ha sido condividida y liberada, nuestro pecado ha sido asumido y cancelado, borrado; nuestra miseria ha sido aceptada y curada; nuestra humanidad ha sido tomada y redimida. De allí la expresión del centurión Romano, verdadera profesión de fe: “Este es verdaderamente el Hijo de Dios”.

17. Adán había desafiado a Dios subiendo la escalera del orgullo; **Cristo** ha descendido del reino celeste para tomarnos de la mano y conducirnos allí, **junto con Él**.

18. No existe otra gloria para el cristiano, sino la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, representada en esta sagrada imagen del Señor de los Milagros, gloria de la Iglesia, alma del pueblo peruano y por ello gloria y esperanza de la Iglesia en el Perú.

Paz y Bien.

+ MIGUEL CABREJOS VIDARTE, OFM
Arzobispo Metropolitano de Trujillo
Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana
Presidente del CELAM